

LOS JUDÍOS Y LAS CRUZADAS.

Las consecuencias y su situación jurídica

(Conclusión)

FERNANDO SUÁREZ BILBAO

LA REACCIÓN DEL JUDAÍSMO. EL QUIDUS HASEM

La primera Cruzada supuso un gran cambio, no sólo en cuanto a las relaciones con los cristianos sino también en el seno del judaísmo. Se volvió a uno de los principios más queridos desde los tiempos de los macabeos, el *quidus hasem*, el suicidio colectivo que se había realizado entre los judíos en las guerras contra Roma, y sobre todo en dos hechos fundamentales en la memoria colectiva del judaísmo: Masada y la revolución de Bar Kochva.

Lo más importante para el judaísmo en ese verano de 1096 fue que a lo largo de esos meses surgió una tradición: la del heroico y total rechazo que una ínfima minoría opuso a la mayoría, mediante el don de la vida «para santificar el Nombre», tradición que servirá para inspiración y ejemplo de generaciones futuras⁴⁹.

Con una asombrosa y unánime espontaneidad se identificaron con los héroes de tiempos bíblicos; morir manteniendo su condición de judíos a toda costa, cumplir con el *quidus hasem* era la santificación del nombre de Dios, y obtener así la preservación del pueblo y la gloria eterna. Esta referencia bíblica parece claramente manifestada en la crónica de Bar Simson *«Declararon con alma y vida que no cabían dudas sobre los caminos elegidos por el Altísimo, bendito sea. Él nos dio su Tora para que glorifiquemos la unidad de su santo nombre; envidiable es nuestra suerte si cumplimos su voluntad. Dichoso el que es muerto y degollado celebrando la unidad de su santo nombre, porque estará preparado para entrar en el otro mundo a sentarse al lado de los justos, del rabí Aki-*

⁴⁹ POLIAKOV, *De Cristo...*, p. 54.

va⁵⁰ y de sus pares. Más aún; habrá cambiado el mundo de las tinieblas por un universo de luz, el mundo de los sufrimientos por un universo de alegría, un mundo temporario por un universo de eterna duración»⁵¹.

Los actos de *quidus hasem*, rejuvenecieron y vigorizaron al judaísmo, transformaron a la vista de los judíos aquella matanza en una batalla exaltada, cuyo resultado fue producir un mayor número de víctimas. Eran tiempos de gran exaltación religiosa, también para los judíos. El suicidio para salvar la fe y evitar el bautismo se convirtió en una forma de santificación. En Maguncia murieron más de mil judíos, bien a manos de los cruzados o suicidándose. Algunos que fueron apresados fueron torturados al negarse a convertirse y así murieron.

El *quidus hasem* era una revitalización⁵² del judaísmo, e hizo surgir entre los judíos los ideales del honor y el heroísmo que serían fundamentales en épocas posteriores, y también comprendieron que dependían sólo de sí mismos; las cédulas imperiales no eran ya suficientes para garantizar su seguridad, «el fervor religioso cristiano había encendido una hoguera en las tiendas de Jacob y llevado la matanza hasta sus viviendas, entregando la sangre de los judíos a las multitudes cristianas»⁵³.

El judaísmo ashkenazi recibió a pesar de todo un gran impulso al provocar una gran cohesión en torno a sus rabinos. La mayor parte de

⁵⁰ Akiva ben Yosef era el rabino principal de Jerusalén en el momento de la revolución de Bar Kochva, cabeza de la Yesiba y protector de la Torah. Al producirse la destrucción del Templo en el año 70 por Tito, su maestro Johanan ben Zacai había optado por la preservación de la Tora y del judaísmo, huyendo de Jerusalén y pidiendo la protección de Tito. Este acto que fue fundamental en la conservación y reconstrucción del judaísmo, no fue bien entendido, sobre todo por los sectores más radicales del judaísmo. En especial tras la matanza de Masada. Cuando se produce la revolución de Bar Kochva, era Akiva ben Yosef el encargado de dirigir y guiar las enseñanzas de la escuela rabínica, y para evitar las divisiones, o por temor a los propios revolucionarios, el gran rabino optó por el sacrificio personal en el interior de Jerusalén, protegiendo la Tora. Fue ejecutado por el ejército de Adriano el año 135.

⁵¹ EISENBERG, *Historia ...*, p. 241.

⁵² Este movimiento de auto martirio para revitalizar la propia fe no era ni original, ni privativo del judaísmo. Entre los cristianos, y en concreto en la Península Ibérica los mozarabes del siglo IX desarrollaron esta misma filosofía en el fenómeno de los «martirios voluntarios», promovidos por un obispo y un teólogo, Alvaro y Eulogio, ambos sevillanos, que ante la debilidad del mozarabismo en el seno del Islam, y las numerosas conversiones que se producían, entendieron que era necesario para la revitalización de la fe la sangre del martirio, y para ello impulsaron a los jóvenes mozarabes a insultar al Corán o al Profeta, para demostrar la «intolerancia» de las autoridades musulmanas y lograr su martirio. Y lo mismo cabe decir del Islam en donde las sectas radicales, como la de los asesinos, buscaban la muerte propia matando o luchando. Sí que es más propio del judaísmo, aunque no exclusivo, con raíces orientales y tal vez más primitivas, la idea del suicidio colectivo que nos recuerda hechos como Masada, pero también el de Numancia entre los pueblos primitivos de la antigüedad.

⁵³ H. H. BEN SASSON, *Historia del Pueblo Judío*, II, p. 491.

los datos que contamos no son contemporáneos, salvo la crónica de Bar Simson, y por tanto de los que vivieron directamente el martirio, sino de la siguiente generación que plasmó en forma literaria el ejemplo de aquéllos. Además no son relatos históricos, sino por el contrario lo que importa no es el hecho en sí, ni los detalles del sufrimiento personal, sino los aspectos más significativos de lo acaecido, como ejemplo para la comunidad en la posteridad, que por otro lado era tradicional en la literatura sapiencial hebrea.

Desde el punto de vista judío, la esencia de los acontecimientos de 1096 era una lucha de Israel contra los impíos, para santificar el nombre de Dios. Rabí Selomo bar Simson lo que más lamenta es que la derrota de la comunidad de Maguncia se produjo entre los defensores de la fe y los gentiles, y lamenta la derrota cuando «*grandes y chicos vistieron coraza y tomaron las armas de la guerra*» en una lucha desigual entre los guerreros de amplia experiencia y los judíos que sólo tenían experiencia en «*rezos y preces*»⁵⁴.

Algunas «incitaciones del cruzado», cartas de propaganda y exaltación para impulsar a los cristianos a acudir a la Cruzada, parecía que estaban dirigidas a los judíos «*Levántate y ven, dicen.... Mira viajamos hacia el lugar, un país... cuya belleza ilumina los ojos, vayamos a saquear las ciudades fortificadas y allí repartiremos a todos los hombres ropa de color y bordada*»⁵⁵. Y es que había una cierta coincidencia en el objetivo de restablecerse en Tierra Santa un retorno a los orígenes.

La reacción de los judíos, el *quidus hasem*, como forma de enfrentarse a las matanzas y persecuciones, también impresionó a los cronistas cristianos, sobre todo el caso de Maguncia. Relata así los acontecimientos uno de estos cronistas: «*Los judíos, viendo que los cristianos se armaban contra ellos y sus hijos como enemigos, sin ningún respeto por la tierna edad, se armaron por su parte contra ellos mismos, contra sus correligionarios, sus mujeres y sus hijos, sus madres y hermanas, y se mataron entre ellos. ¡Es horrible decirlo! Las madres tomaban el arma para cortarles el cuello a los hijos que ellas criaron, prefiriendo destruirse con sus propias manos antes que sucumbir bajo los golpes de los incircuncisos*»⁵⁶.

Las consecuencias de las violencias contra los judíos, sobre todo las de la primera Cruzada, pero también las de Inglaterra en la tercera fue-

⁵⁴ BEN SASSON, *idem*, p. 492.

⁵⁵ HABERMAN, A. M., *Ture Yesurum*, folleto de la sinagoga Yesurum ed. por Haberman, Jerusalén, 1966, p. 20.

⁵⁶ EISENBERG, *Historia...*, p. 241.

ron muy graves. Diezmaron la población judía centroeuropea, establecieron unas nuevas relaciones entre las comunidades y las autoridades, y sobre todo iniciaron un proceso de desintegración, comenzó el antijudaísmo en la sociedad cristiana.

El número total de víctimas no pasó de cinco mil, cifra elevada para la población de la época, y no sólo en Europa sino también en Palestina, como veremos después, con un mucho mayor deterioro demográfico en este último caso. Los temores de los judíos se multiplicaron, en el interior de las ciudades, la lucha desigual traía la certidumbre de la muerte que podía evitarse con el bautismo, pero ¿qué era peor que caer en la abominación? Temían la debilidad del último momento que les llevara a la sumisión y como consecuencia a la pérdida de la generación siguiente. Lo que más temían era que en la lucha los asaltantes, muertos los adultos, se llevaran a los niños y los bautizaran y los criasen en la «abominación de ellos». La alternativa era el suicidio para santificar el nombre de Dios, cuando fracasara toda tentativa de defensa, o cuando desde el comienzo la desigualdad de la lucha hiciera imposible el éxito final.

Pero el instinto de supervivencia, la falta de valor, o por el contrario tener el valor suficiente para vivir, hizo que otros muchos aceptaran el bautismo, con la esperanza de poder volver a la fe de sus padres en cuanto hubiese una oportunidad y mientras tanto de practicarla en secreto. Se puso de manifiesto entonces el gran debate interno del judaísmo: ¿hasta dónde se debe llegar en la defensa de la fe?

Los rabinos tuvieron que enfrentarse a un grave problema moral entre la preservación de la vida y el deber del suicidio, que se planteaba como una cuestión fundamental. Por un lado la imagen que quedó de aquellas comunidades para las generaciones futuras fue la de un notable primitivismo⁵⁷, y por otro eran ejemplo de la lucha y el sacrificio para santificar el nombre de Dios. Años después Rabí Selomó bar Isjac, Rasi, y sus contemporáneos instaron a sus correligionarios a cumplir con el mandato divino de la sinceridad y por tanto se mostraron contrarios al **criptojudaísmo**: «Serás sincero con el señor tu Dios»⁵⁸. El buen judío no puede manifestar su fe en secreto sino públicamente para poder observar plenamente la Tora.

⁵⁷ CHAZAN, *European Jewry and the first Crusade*, 1987, ha demostrado que no eran comunidades tan primitivas como se ha planteado tradicionalmente desde la mentalidad sefardí, que giraba entonces en los ámbitos de influencia musulmana. No se debe confundir primitivismo con espiritualidad, pp. 10-18.

⁵⁸ HABERMAN, A. M., *Las matanzas de Alemania y Francia*, p. 34, en expresión del cronista Selomo bar Simson.

Los judíos del XII habrían de mantener ampliamente esta línea de razonamientos, así como la idea de la grandeza del sacrificio realizado. Rabí Selomó bar Isjac, llamado Rasi, fue testigo relativamente próximo de la catástrofe que había ofrecido la comunidad, y reclamará a la «eterna y perfecta» Tora que hablase ante Dios por los inocentes. El estremecimiento que experimenta se manifestará en un himno: el ruego con el que comienza se convierte en exigencia y casi en amenaza porque «*si no existiese Israel para cantar las alabanzas quedarías silenciada en todas las bocas y gargantas*», exhortando después a la Tora para que proclame su ira como corresponde a una madre acongojada: «*Acércate suplicando... vestida de negro como una viuda; reclama reparación por tus santificados... por las manos de... aquéllos que cercnaron a tus estudiosos y rasgaron las hojas de pergamino... y en su furia torrencial destruyeron tus moradas*».

Lo mismo que los cruzados, los judíos también confiaban en una futura victoria en la Tierra Santa «*explicar tus amables palabras para que los hombres entiendan, expulsar... a los arrogantes con inflamada cólera; mientras los descendientes de los piadosos, eruditos y estudiosos se dedican allí constantemente al estudio*»⁵⁹.

Rasi veía en el martirio de esa generación el modo de la exclusión de la Tierra Santa del reino de los guerreros y el posterior establecimiento allí del reino de la Tora, la piedad y el estudio. Como los demás tenía puestas las esperanzas en la Tierra Prometida, en nombre de los ideales que había heredado y por medio de los sacrificios humanos que había presenciado.

La importancia del martirio en el judaísmo, como alimento de la fe, era muy antigua. Desde los tiempos de «Ana y los siete hijos», durante el reinado de Antioco Epifanes, el judaísmo ratificó su expresa disposición al martirio, recogida en numerosos ejemplos, muestra de la consolidación y fortalecimiento de la religión hebrea tras el primer exilio. Rasi, en plena Edad Media, estableció una doctrina, inspirada en la obra de Akiva ben Josef, de modo tal que habría tres causas para morir antes que pecar: la idolatría, que es renegar de Dios; el incesto, no sólo como delito sexual y sino también resaltando el valor del matrimonio; y el derramamiento de sangre. Rasi explica estas circunstancias. En cuanto hay compulsión y se adoptan disposiciones para destruir la unidad del judaísmo —deben tener carácter colectivo, no individual o aislado—, entonces el judío debe resistirse, aunque sólo sea que ordenen «atarse los cordones de los zapatos de otra manera», distinta de la propia de los judíos. Había una identificación entre cristianos y judíos en este punto,

⁵⁹ Pituye Rasi de RABÍ SELOMO BAR ISJAC. Por HABERMAN, A. M. Jerusalén, 1941, núm. 6.

ambos exaltaban a sus mártires y manifestaban la importancia que para la fe tienen la sangre de los mártires.

Pero Rasi hablaba de resistencia y de dejarse matar, pero nada se decía en sus escritos de los suicidios colectivos, ni mucho menos de matanzas de niños. El modelo de lo sucedido en Renania o en Inglaterra, estaba en los antiguos zelotes, surgidos en un proceso de politización de la vida judía de la antigüedad, y donde era evidente el radicalismo religioso y a los que se habían opuesto los sacerdotes y los fariseos, presentados ahora como valientes guerreros del Señor. Antes que éstos fue con los Macabeos, y sobre todo con la dinastía Asmonea, como penetró en el judaísmo, por influencia helenística, el valor del suicidio como forma de evitar el deshonor; para el judaísmo el honor es patrimonio de Dios, y se produce una lógica asimilación entre ambos términos, Dios y honor social, que justifican el suicidio colectivo. Ya en el siglo X hay las primeras noticias de suicidios colectivos, en el sur de Italia. Aquellos judíos entendieron que en un mundo donde la guerra es la clave para glorificación de la religión, tanto para musulmanes como ahora para los cristianos, tenían poca capacidad de actuación.

En la crónica *Yosipon*, compilada en el sur de Italia hacia el 953, se pone en boca de los zelotes la justificación del suicidio como un medio de *quidus hasem*, por la gloria del Señor y el honor del guerrero indomable. A finales del siglo X hubo judíos del sur de Italia que se quitaron la vida para evitar la conversión, y servían de ejemplo e influencia para evitar la conversión al resto de los correligionarios.

Las crónicas recogen acciones individuales y hechos del pasado, tanto reales como imaginarios, logrando con ello una notable influencia. Pero la aceptación del *quidus hasem*, como expresión generalizada de la fe sincera a través del suicidio colectivo no se producirá hasta las matanzas del valle del Rhin, el 1096.

Estos mártires esperaban ver la «gran luz» en el mundo futuro como recompensa a su sacrificio. Se consideraban a sí mismos como ofrendas encendidas, corderos selectos dotados de perfección y carentes de defecto alguno. El suicidio no era consecuencia de la desesperación, sino como acción ejemplificadora y como un modo de enfrentarse a los cruzados por el remordimiento que sentirían los cruzados al darse cuenta del error cometido: «Entonces comprenderán, entenderán y admitirán en su corazón que nos mataron por una futilidad...y que no tomaron una buena senda o un camino recto... y fueron tontos e insensatos en todas sus acciones. Destruyeron su sabiduría y confiaron en la vanidad»⁶⁰.

Los mártires previeron el día de la ejecución de la venganza y la

⁶⁰ HABERMAN, *idem*, p. 43.

obtención de la recompensa por medio de la derrota de los cruzados, día de afirmación histórica que señalaría la victoria definitiva del judaísmo. Los cronistas trataron de explicar los motivos de la actitud adoptada por los judíos y manifestaban el espanto, miedo y las dudas que afligían a los que mataron a los niños. Pero mediante sus acciones estos judíos trataban de autoafirmarse *«la imagen de alta estatura humana del judío humillado, firmemente aferrado a su religión en un mundo donde la fe era motivo de orgullo, que debía ser defendido incluso con las armas»*.

Hubo también otras consecuencias más directamente relacionadas con la vida cotidiana, y cuando el terror pasó, las comunidades comenzaron a plantearse con qué protección y en qué condiciones podrían seguir viviendo entre los gentiles. En las crónicas de las matanzas junto a las palabras de los mártires aparecen discursos y conversaciones de obispos y gobernantes, así como explicaciones de las conductas de la población. Servían como base para posteriores intercesiones ante príncipes y monarcas, y representan la opinión dominante en las comunidades judías de Alemania y Francia en el siglo XII.

Según estos relatos Enrique IV se enfureció ante los simples rumores de que hubiera alguien que quisiera perjudicar a los judíos, sobre la actitud el obispo de Maguncia, que según las crónicas recibió dinero de los judíos para protegerlos y luego no lo pudo hacer, manifestándose opiniones encontradas.

El obispo informa al *parnas*, jefe de la comunidad judía, el rabí Kalonymos: *«No puedo salvaros, vuestro Dios os ha abandonado y no quiere que queden ni restos ni vestigios de vosotros. Yo ya no dispongo de fuerza para rescataros o ayudaros de ahora en adelante. A partir de este momento deberéis optar por creer en nuestra fe o sufrir las consecuencias de la iniquidad de vuestros antepasados»*⁶¹.

Estas declaraciones indicaban la ineficacia de las seguridades y de la protección que proporcionaban quienes otorgaban cartas de amparo, tanto del emperador como de las autoridades de las ciudades. Se debía a su impotencia, a una sumisión fatalista, a la «voluntad del cielo» o, cuando no quedaba otro remedio, a la aceptación por parte del «protector» de la afirmación de que los judíos debían ser castigados por negarse a aceptar el cristianismo.

Otra excusa se cita en nombre del gobernador de la ciudad de Mörs: *«Es cierto que al principio prometí protegerles y defenderles mientras quedase un solo judío en el mundo. Y cumplí la promesa. Pero en adelante ya no podré salvarlos de todas estas multitudes... Les he comuni-*

⁶¹ HABERMAN, *Las matanzas de Alemania y Francia*, p. 41.

cado que si no consienten (en convertirse al cristianismo) seguramente destruirán la ciudad; me parece por lo tanto preferible entregarlos que dejar que me pongan sitio y destruyan la fortaleza»⁶².

El «convenio» de protección era en principio sagrado para el otorgante, pero de hecho, cuando consideraba que las circunstancias del otorgamiento habían cambiado, la autoridad renegaba de la garantía dada, pues «*todos los judíos habían sido eliminados y ya no quedaba uno sólo en el mundo*». Esto indica la importancia que los contemporáneos dieron a los acontecimientos. Y además como la protección a los judíos ponía en peligro la seguridad de la ciudad tenían que elegir, y ante una prioridad mayor suspendía la obligación contraída con lo judíos.

Los cronistas judíos, sin embargo, tuvieron presente que hubo algunas autoridades que trataron de cumplir sus obligaciones con los judíos. El obispo de Treveris que intentó en un principio salvarlos arriesgando su vida, era un bávaro, esto es «un extranjero en la ciudad, donde no tenía parientes ni amigos». Los judíos le dijeron «*Pero vos nos asegurasteis por vuestra fe que nos protegeríais hasta que llegara el rey con sus fuerzas reales*», «*El plazo que os di, respondió, tenía la misma duración que el de la permanencia de cualquier comunidad judía en el país de Lorena*». Luego les explicó: «*Yo quería realmente ser leal con vosotros de acuerdo con la promesa que os hice. Pero ¿qué podía hacer si todo el mundo se alzaba contra mí para matarme por proteger a los judíos?*». Cuando los judíos comenzaron a sospechar que lo que quería era un soborno, su emisario declaró: «*El obispo no quiere nada de eso*»⁶³. Finalmente después de un examen de conciencia, llegó la decisión «*Vosotros vais a ser aniquilados...dado que no podéis ser salvados; y vuestro Dios ya no quiere ayudaros ahora, como hacía en tiempos antiguos*»⁶⁴.

El obispo Juan de Spira, que salvó a los judíos e impuso castigos a los amotinados, resulta elogiado en grado sumo: «*porque era un gentil justo y el Omnipresente obró el mérito de nuestra salvación por su mediación*»⁶⁵, *porque el Señor le tocó el corazón para decidirle a protegerlos sin soborno*»⁶⁶.

Los judíos sintieron especialmente el dolor de ver el cambio manifestado por aquéllos que «*eran nuestros allegados y conocidos*»⁶⁷, la gente del pueblo que les abandonó el día de la matanza. Los judíos aprendieron de las matanzas y el sufrimiento que no podían confiar en

⁶² HABERMAN, *idem*, p. 50.

⁶³ *Idem*, p. 54.

⁶⁴ *Idem*, p. 55.

⁶⁵ *Idem*, p. 94.

⁶⁶ *Idem*, p. 95.

las cédulas oficiales y en las promesas realizadas, porque no eran más que *«pergaminos para tapar cántaros»*. Por el contrario era más lo que se podía lograr con dinero, súplicas y humillaciones. En lo sucesivo los judíos tuvieron que aprender que la ira de las multitudes cristianas tenía una fuerza destructiva incontrolable, cuando había alguna inquietud religiosa o social. Esta realidad se convirtió a partir del siglo XII en un elemento básico, con el que tenían que contar los judíos de la Europa Occidental, y más aun dentro del mundo feudal.

Las matanzas habían servido para establecer una nueva relación con los cristianos, de mutua desconfianza, y para fortalecer el sentimiento religioso de los judíos, a través del ejemplo de los mártires judíos. Esta nueva postura será formulada en la segunda mitad del siglo XII, especialmente tras el acontecimiento de los «mártires de Blois», que fueron quemados vivos en 1171. Rabí Obadya ben Majir, seguramente un seudónimo, declaró en su nombre: *«Porque los santos dijeron no hay ningún extraño entre nosotros. Y si los gobernantes decretan impuestos y gravámenes es lícito obedecer a los reyes y suplicar... por el alivio de la carga... Pero si el corazón se les vuelve hacia el mal y algún inútil cree que podrá hacer que se olvide el nombre del Creador, persuadiendo a los que le temen... los elegidos deberán atestiguar con airada elocuencia y declarar en voz alta y firme: «En el monte del Señor- el monte de los sacrificios- hará su aparición, dejemos entonces que sea santo el hombre a quien el Señor elija» (el mártir que sufrirá por la fe): despreciaremos vuestras mentiras y vanidades, porque sois solamente nada. Y nos mantendremos en nuestra fortaleza»*⁶⁷.

Corresponde por tanto a todos los judíos, en días de prueba, sacrificarse sin someterse, haciendo una profunda afirmación de fe. Mantiene, sin embargo, la importancia de *«dirigirse a los reyes para pedirles y suplicarles»*, cuando la vida se mantiene dentro de los cauces normales en las ciudades cristianas.

A algunos intelectuales y eclesiásticos les produjeron una cierta reacción la hostilidad que se había generalizado contra los judíos en toda Europa. Así el famoso, aunque heterodoxo, escolástico francés Pedro Abelardo, escribió en 1135: *«Ninguna nación ha sufrido nunca cosa igual por causa de Dios... Dispersados entre las naciones, sin rey ni príncipe terrenal, los judíos se ven oprimidos con pesados impuestos, como si cada nuevo día debieran comprar el derecho a vivir. Maltratar a los judíos es considerado como una obra agradable a Dios. Pues una*

⁶⁷ *Idem*, p. 29.

⁶⁸ S. SPIEGEL, ed. «Mipitgueme haaqueda» en *M.M. Kaplan Jubilee Volume*, Nueva York, 1953, p. 286.

tal opresión como la que sufren los judíos sólo pueden imaginarla los cristianos como fruto de un odio profundo por parte de Dios. La vida de los judíos está en manos de sus más acérrimos enemigos. Incluso cuando duermen son presos de horribles pesadillas. Como no sea en el cielo, en ningún otro lugar tienen un refugio seguro. Si quieren desplazarse al lugar más próximo deben comprar la protección de los príncipes cristianos a cambio de grandes sumas de dinero; y los príncipes desean a pesar de todo su muerte para apoderarse de sus bienes. Los judíos no pueden poseer ni huertas ni viñas porque no hay nadie que garantice su propiedad. Así que no les queda otro remedio de vida que la usura, lo que por otra parte les hace más odiosos a los ojos de los cristianos»⁶⁹.

Abelardo no contó con muchos seguidores en su postura de piedad hacia los judíos. Las palabras de este peculiar eclesiástico perseguido por su heterodoxia no encontraron ningún eco. Las Cruzadas habían desatado la hostilidad antijudía y la violencia de la guerra de religión, que no terminará en un largo periodo de tiempo.

La mayor parte de las crónicas y relatos cristianos son de eclesiásticos, o intelectuales, y por tanto no reflejan el pensamiento de la población. Un cronista anónimo de un convento de Praga redactó una especie de efemérides de cada año, y el 1096 dice «*Hubo una matanza y se bautizó a algunos judíos*» era una nota lacónica que apenas expresaba un acontecimiento, sin hacer mención a la cruzada. Era pues más importante la violencia antijudía que la propia Cruzada. Otro relato de Würzburg en Baviera veía la Cruzada como «*Una innumerable multitud venida de todas las regiones y de todos los países marchaban armada contra Jerusalén y obligaba a los judíos a bautizarse, exterminando a quienes se negaban. Cerca de Maguncia 1.014 judíos, hombres, mujeres y niños, fueron exterminados, e incendiada la mayor parte de la ciudad...*». Otros autores no podían ocultar su satisfacción por los acontecimientos, al hablar de los judíos de Worms, el monje Bernhold señala «*Mientras afuera los cruzados esperaban su respuesta, los judíos, tentados por el diablo y bajo el imperio de su propio endurecimiento, se suicidaron en casa del obispo*». O el cronista Fruitolf: «*En las ciudades por las que iban pasando mataban u obligaban a bautizarse al resto de aquellos judíos impíos que son enemigos cabales que la Iglesia tolera en su seno. Algunos de ellos regresaron al judaísmo, como los perros a sus vómitos*».

Otros, los menos, condenaban las matanzas con más o menos fuerza. El monje Hugon señala: «*Es cierto que puede parecer sorprendente que*

⁶⁹ KELLER, *Historia...*, pp. 251-252.

en un solo día una misma matanza animada por el mismo fervor místico haya podido tener lugar en numerosos lugares diferentes» y añade: «Ello ocurrió pese a la oposición del clero y pese a las sentencias de excomunión de numerosos eclesiásticos y a las amenazas de numerosos príncipes». Un cronista sajón anónimo es más claro en su condena: «... el enemigo del género humano no tardo en sembrar la cizaña al lado del grano, en suscitar pseudo-profetas, en mezclar falsos hermanos y mujeres desvergonzadas al ejército de Cristo. Con su hipocresía, con sus mentiras, con sus corrupciones impías, perturbaron el ejército del Señor... Consideraban honesto vengar a Cristo en los paganos y en los judíos. Por ello, mataron a 900 judíos en la ciudad de Maguncia, sin respetar mujeres ni niños...; era lastimoso contemplar los números y grandes montones de cadáveres que sacaban de la ciudad de Maguncia en carros»⁷⁰.

En general, los cronistas no tenían buena opinión de los cruzados; su violencia, las turbulencias y rapiñas preocupaban a la mayor parte de ellos. La población cristiana parecía confusa y dividida, y los acontecimientos de las Cruzadas fueron forjando una mentalidad caracterizada por la hostilidad ya descrita hacia los judíos.

También hubo consecuencias de carácter militar de las matanzas. Las ciudades no eran, como parecían, recintos seguros, ni siquiera en las zonas fortificadas. Después de la segunda Cruzada los judíos hicieron todo lo posible por obtener una ciudadela bien fortificada fuera de la ciudad y vaciarla de todos los elementos no judíos.

Amenazados los judíos por los motines de 1146 «salieron todos de sus respectivas ciudades y se trasladaron a las fortalezas, y la mayor parte de la comunidad de Colonia le dio al obispo... mucho dinero para que pusiera en sus manos la fortaleza de Walkenburgo... E hicieron salir al gobernador de la fortaleza con muchos obsequios y ellos solos, no quedando con ellos ningún extranjero incircunciso... Y desde que se difundió entre los gentiles la noticia de que les habían entregado Walkenburgo a los judíos y que allí se habían reunido (no volvieron a perseguirlos)». Este hecho provocó la liberación de todos los demás judíos que habían huido de los castillos.

«Y yo, el joven que escribe esto, tenía trece años de edad en la fortaleza de Walkenburgo... y los demás judíos que estaban en todos los países del rey se reunieron y defendieron la vida, y cada cual se salvó en el castillo de su amigo gentil y llevó a sus parientes consigo (el rabí Efraím ben Yacob de Bonn)»⁷¹.

⁷⁰ POLIAKOV, *De Cristo...*, pp. 58-59.

⁷¹ HABERMAN, *Las matanzas de Alemania y Francia*, p. 117.

Pero no todo se arreglaba con tener el control de un castillo y lo pudieron comprobar los judíos en los tumultos de la coronación de Ricardo Corazón de León, en York, Inglaterra, en 1190, al comienzo de la tercera Cruzada. La violencia antijudía tenía una fuerza imparable, para las autoridades, cuando la masa de población decidía atacar a los judíos.

Para luchar contra esta sensación de inseguridad los judíos tuvieron que crearse un universo espiritual, y al mismo tiempo destacaron nuevos valores materiales: la seguridad se compra con dinero. Al mismo tiempo que se difundían nuevas corrientes místicas, hasidismo y cabalismo, los judíos entraron en una nueva esfera de poder que se convertía en una fuente explosiva de conflictos: el control económico. Los judíos tras las Cruzadas perdieron la primacía en las operaciones comerciales que habían tenido en los siglos VIII-X. El comercio marítimo internacional se había abierto y las cruzadas aseguraban vías de acceso a la cristiandad con líneas de comunicación, puertos y mercados antiguamente cerrados. Los judíos pasaron de útiles intermediarios a través de los dominios islámicos, a incómodos competidores. Las repúblicas italianas, que controlaban el comercio marítimo y contaban con asentamientos permanentes en Oriente se esforzaron en eliminarlos. Así la legislación veneciana prohibía la recepción de mercaderes judíos y el transporte de sus mercancías. Otras ciudades siguieron su ejemplo.

Los judíos no desaparecieron del comercio internacional, pero presentaban una debilidad al dejar de ser intermediarios neutrales entre cristianos y musulmanes. No podían rivalizar con las potentes empresas de las repúblicas italianas organizadas en cooperativas, que constituían al mismo tiempo una fuerza económica y un poderío político y militar.

En el comercio local los judíos padecieron la transformación socio-económica del desarrollo de las ciudades, con la consolidación de la burguesía, lo que les convertía en competidores peligrosos e indeseables. Sólo en los países menos desarrollados de la Europa meridional o del este siguieron necesitando a los judíos, y trataron de atraerlos, sobre todo Polonia. En Occidente por el contrario la formación de las corporaciones en forma de gremios de mercaderes y artesanos, le daban además el carácter de un cuerpo social homogéneo, y los judíos no podían esperar que los admitieran en los gremios, porque comenzaron a ser considerados como grupo socialmente excluido, entre otras cosas porque la corporación era también una cofradía religiosa en la que no podían tener cabida los infieles. Se juntaron factores económicos y religiosos para formar las características del judaísmo medieval.

A todo esto habría que añadir las dificultades que tenían para ser propietarios de tierras y por ello para dedicarse a la agricultura, sobre

todo por el miedo a vivir aislados. Una sola puerta se les abrió a los judíos a partir del siglo XII: el comercio del dinero.

Rashi se había mostrado tajante en contra del préstamo «*Aquél que preste a interés a un extranjero será destruido*», pero un siglo después los rabinos ante las necesidades de adaptarse a las circunstancias económicas señalaban «*no hay que prestar a interés a gentiles si uno puede ganarse la vida de otro modo, pero en los tiempos que corren, cuando un judío no puede poseer campos ni viñedos que le permitan vivir, el préstamo a interés a los no judíos es necesario, y, por consiguiente, está autorizado*»⁷². Las circunstancias llevaban a los judíos hacia un precipicio que favorecía la hostilidad popular.

Junto a las matanzas colectivas las nuevas condiciones de antijudaísmo llevaron a «hechos» aislados, pero no puntuales, de persecución contra los judíos, una vez que los judíos se habían convertido en la «herética pravedad», y por tanto eran intrínsecamente perversos, sufriendo acusaciones de todo tipo. Las más corrientes se referían a crimen ritual y de profanación de hostia que aparecen en Europa por vez primera en la segunda Cruzada. En 1144, en víspera del Viernes Santo fue hallado en un bosque cerca de Norwich, el cuerpo de un joven aprendiz. Se acusó a los judíos de haberlo asesinado: «*los judíos de Norwich compraron un niño cristiano antes de Pascua, y lo torturaron con todos los suplicios que sufrió Nuestro Señor; el viernes santo lo crucificaron por odio a nuestro Señor y luego lo enterraron*». En otro relato posterior atribuido a un monje converso se decía: «*Se ha escrito en los viejos libros que los judíos no podían obtener la libertad ni volver al país de sus padres sin verter sangre humana. Por eso tienen que sacrificar un cristiano todos los años*». Después añadía que todos los años se reunían los rabinos en Narbona para decidir por sorteo en qué país debería celebrarse la muerte ritual.

Seis años más tarde un judío de Colonia fue acusado de haber profanado la hostia; el cronista de Lieja Jean d'Outremeuse, describe lo acontecido como un hecho milagroso, transformándose la hostia consagrada en un niño que ascendió al cielo. Cualquier asesinato de un niño podía ser atribuido a los judíos, sobre todo si tenía lugar durante la Pascua. Las comunidades judías vecinas sufrían normalmente represalias colectivas. En 1171 fueron quemados en la hoguera en Blois treinta y ocho judíos; en 1191 más de cien en Bray de Champagne (Bray-sur-Seine). En el siglo XIII en Alemania había, con frecuencia, matanzas de comunidades enteras bajo esta acusación, como fue el caso de Fulda en 1235 cuando murieron más de treinta y dos judíos. Las acusaciones eran

⁷² POLIAKOV, *De Cristo...*, p. 79.

tan efectivas que se perpetuaban en el recuerdo con la «canonización» popular de los niños «mártires», o mediante la santificación de los lugares donde un milagro protegiera la hostia del sacrilegio judío, y daban lugar a centros de peregrinación⁷³.

A pesar de las condenas de las autoridades imperiales o del mismo papa, quien en 1247, en una bula de Inocencio IV se expresaba categóricamente: «*Aunque las santas escrituras las enseñan a los judíos "no matarás" ... los acusan injustamente de compartir en la Pascua el corazón de un niño asesinado... si se encuentra en alguna parte un cadáver, se les imputa aviesamente a ellos el asesinato. Los persiguen tomando como pretexto estas fábulas, u otras parecidas...*». Las proclamaciones frecuentemente repetidas de papas y emperadores no modificaron la opinión pública; se ha podido contar con más de ciento cincuenta procesos de crimen ritual.

Todo ello favoreció a la degradación de la imagen del judío en la conciencia colectiva, imagen que, en adelante, iría cargada de rasgos infamantes.

LAS CONSECUENCIAS EN LAS COMUNIDADES DE CENTROEUROPA

Como siempre en el judaísmo hubo un proceso de reflexión interna, y trataron de aprender de la desgracia, incluso, y de forma paradójica, incorporaron muchos elementos de la mentalidad cristiana: la monogamia fue definitivamente impuesta; la jerarquización de los rabinos, el desarrollo jurídico de las Ketubas, las asambleas locales o la generalización de ordenamientos internos, *taqqanots*. En el norte de Europa no había tradición alguna de sumisión a un centro concreto, al contrario que en Oriente e incluso España. Los exilarcas, gaones y nagides de los territorios islámicos estaban muy alejados, física e intelectualmente. Era la diferencia que existía entre los estados cristianos y el Islam. Esto no significaba que no se comunicaran con aquellos centros religiosos periódicamente, pero la conexión no suponía sumisión, ni menos aún que aquéllos pudieran ejercer una verdadera dirección, por impedirlo la situación geopolítica del momento. Por otro lado los judíos del norte no estaban suficientemente situados en las Cortes de los monarcas como para que recibieran alguno de sus miembros el apoyo de los gobernantes.

Se crearían por el contrario formas nuevas de dirección, y a pesar de las matanzas de Renania en las dos primeras Cruzadas, y de las de la

⁷³ EISENBERG, *Historia*, p. 250.

España musulmana de la primera mitad del XII, el judaísmo, tal vez por la misma presión de la sociedad cristiana, se fortaleció y vivió una «edad de oro» cultural a fines del siglo XII y principios del XIII. Si bien es cierto que los centros más importantes estaban bajo la órbita del dominio musulmán, también lo es que en las juderías del norte de Francia y Renania el contraste con sus convecinos era más fuerte. Los judíos centroeuropeos no eran más cultos ni ricos que los del sur, pero se distinguían mucho más de sus bárbaros vecinos. Tras las Cruzadas las juderías del norte perdieron poder demográfico y económico, pero no cultural, con una notable influencia religiosa ⁷⁴. En la misma Alemania y a pesar de la alarma de la primera Cruzada, se fundaron centenares de comunidades, y lo mismo en Inglaterra, mientras que Francia o Italia estabilizaban sus comunidades.

A principios del siglo XI, las comunidades judías del Norte generaron un nuevo tipo de líder: el *Stadlan* (el intercesor). Aparece en los relatos legendarios, pero contamos con numerosos detalles que demuestran su realidad histórica. Un *stadlan* irá a ver al papa para solicitar protección para los judíos perseguidos, y anuncia en una carta firmada por él que toda la comunidad deberá honrar al mensajero que pidió al papa protección para los judíos. Otro relato habla del conde de Flandes que envió una invitación pidiendo que «dicho notable fuera a verlo trayendo consigo a treinta judíos para instalarlos como colonos en sus tierras» ⁷⁵. Esta figura se presentó como el organizador de las nuevas colonias judías, para lo cual habrá tenido que tramitar el otorgamiento de cédulas, derechos y privilegios de dirección.

En los relatos de los actos de martirio durante la primera Cruzada, escritos a lo largo del medio siglo siguiente, aparece otra importante figura, el *parnas*, que era el jefe espiritual de cada comunidad. «*Todas las comunidades iban a las ferias de Colonia tres veces al año*». Eran reuniones de jefes de comunidades —*parnasim*— «*El parnas que los dirigía a todos... Mar Yuda bar Abraham...era su propio portavoz en la sinagoga...y cuando los jefes de comunidades comenzaron a hablar*» las palabras de este rabí Yuda fueron decisivas. Era presentado como una persona ejemplar que concordaba con la descripción de la alta moralidad contenida en el Salmo (XV,1) de David «Señor ¿quién residirá en tus tiendas?» ⁷⁶.

Sin lugar dudas fue Rabenu Gersom ben Yehuda (960?-1028) de Maguncia, conocido como «la luz del exilio», el modelo de nuevo dirigente

⁷⁴ MUNDY, *Europa en la Alta Edad Media*, p. 75.

⁷⁵ HABERMAN, *Las matanzas de Alemania y Francia*, pp. 20-21.

⁷⁶ HABERMAN, *Las matanzas de Alemania y Francia*, p. 47.

procedente de los eruditos rabínicos y con una gran influencia personal. Rabeno Guersom no fue formalmente nombrado, ni era hijo de ningún dirigente. Tampoco estaba, como los naguides, en contacto con los gobernantes y por tanto no podía ejercer ninguna fuerza derivada de las autoridades cristianas. Sin embargo, tuvo una gran influencia, y vasto ascendiente en su tiempo y en la generación siguiente por su sabiduría y piedad, pero también por su capacidad para tomar decisiones.

Estos dirigentes y en concreto Guersom realizaron unas reglamentaciones en forma de ordenanzas —*taqqanot*—, aunque no se sabe si efectivamente las que se le atribuyen a él fueron suyas o de las comunidades judías en su conjunto. Es muy probable que se hayan realizado durante generaciones y cristalizaran entonces en su forma definitiva. Se produjo en todo caso un gran cambio en este momento en la estructura *ha-lajika*, tanto en lo social como en lo sentimental, de forma que la estructura poligámica fue definitivamente abandonada en beneficio de la monogámica en el siglo X y XI en el noroeste de Europa.

Las *taqqanot* se refieren sobre todo a cambios fundamentales en la vida familiar. La prohibición de tomar dos esposas bajo pena de *herem* (excomunión) y sobre todo la abolición de hecho del divorcio de la esposa contra su voluntad. De este modo la familia judía ashkenazi (alemana) pasaba a ser monogámica y se consolidaba. Para la constitución de la familia era necesaria la iniciativa del marido pero su disolución sólo podía producirse de mutuo acuerdo por los cónyuges. Para las ocasiones en que era necesario decidir el divorcio sin la anuencia de la esposa, cuando padecía enfermedad mental, se establecieron providencias dirigidas a proteger sus intereses. Se otorgaba el permiso a este divorcio con el consentimiento de «cien rabinos de tres países», es decir tres unidades territoriales gobernadas por soberanos distintos, para evitar la influencia de los dirigentes de las comunidades. Y el marido tenía en estos casos que depositar una cuantiosa garantía económica para el mantenimiento de la mujer de acuerdo con la ley judía.

Por otro lado en esta época se comenzaron a plantear muchas objeciones morales para el marido que se divorciaba de su primera mujer. Así mismo, en los países orientales, que después influirán en Europa, se ponían impedimentos para que el marido pudiera realizar un segundo matrimonio mientras la primera esposa aún viviera y estuviera presente. Estos impedimentos se llevaron a cabo introduciendo nuevas condiciones en los contratos matrimoniales o «ketuba». Era necesario el consentimiento de la primera esposa, e imponía a penas pecuniarias para el marido que comprara una esclava o se casara con otra mujer sin el consentimiento de la primera esposa.

La influencia de la sociedad cristiana en la tendencia monogámica y

en las garantías del matrimonio es evidente —la prohibición de la poligamia estaba recogida en las normas del Derecho Romano— pero estas medidas sólo se desarrollaron en los lugares con gobiernos de sabios rabinos y fuertes comunidades, y por tanto no en todos los países y territorios.

También la vida económica se vio modificada por las respuestas de Guersom: así se opuso a la competencia entre los judíos buscando la organización de *maarufya* (clientela); según esto ningún judío debía entrar en relaciones comerciales con alguien que fuese ya cliente de otro judío. La medida no tuvo la aceptación general, pero se sabe que la comunidad concedía derecho de *maarufya* a los sabios que enseñaban en la comunidad local, o a otras personas, mediante el pago de un canon establecido.

Pero Gersom no fue el único de su género en esa época. Hubo en la sinagoga de Maguncia una reunión en la que según una fuente del siglo XIII que conservó un acta acudieron: Rabenu Gersom ben Yehuda, la luz del exilio, R. Simeon el Grande bar Isjac, R. Yehuda Hacoheh, autor del *Sefer Hanidim* («Libro de las Leyes») y Rabenu Yehuda el grande, que era uno de los líderes de los asesinados, y los restantes miembros de la santa «yesiba», y todos ellos dieron instrucciones⁷⁷. Esta *yesiba* de Maguncia era distinta de las que funcionaban en Babilonia, carecía de hileras de asientos en gradas y sus miembros se identificaban por sus acciones personales y no por el cargo o el origen particular de cada uno.

Se estaba produciendo en el noroeste de Europa el mismo proceso de centralización y unificación de Oriente, pero de forma gradual y en el interior de las mismas comunidades. En la época de Gersom se adoptó la costumbre de realizar asambleas con los miembros de ellas que coincidían en un puerto o mercado *«Las comunidades que se han reunido allí...decretan con anatema y juramento que toda persona a cuyas manos haya llegado algo de lo que se ha perdido en dicho barco debe devolverlo al dueño del objeto perdido...de acuerdo con la norma que se sigue en la mayoría de las comunidades de Israel cuando alguien pierde algo, ya sea por robo o de cualquier otra manera. Se han tomado medidas y se decreta que toda persona a cuyas manos puedan haber llegado dichos objetos... debe devolverlos a sus dueños»*⁷⁸.

Gersom aprobó esta acción y explicó su aprobación porque Jefe, el juez, es en su generación lo que Samuel, el profeta, lo era en la suya. Y lo resume diciendo *«por consiguiente, en todo lo que hizo la comunidad, su decreto es válido y sus acciones obligatorias»*⁷⁹. Un contempo-

⁷⁷ EISENBERG, párf. 32, p. 99.

⁷⁸ *Idem*, párf. 67, p. 155.

⁷⁹ *Idem*, p. 157.

ráneo más joven que Gersom, Rabi Yosef Tob Elem, el francés llamado Bonfils, se ocupó en varias ocasiones del problema de los impuestos comunales. En cierta ocasión la comunidad de Troyes había rescatado cautivos que no eran de su comunidad y reclamaban a los de otras comunidades que compartieran el desembolso. Enviaron mensajeros a aquéllas amenazando con que *«los que se negasen serían excluidos, juntamente con todos sus descendientes, de la comunidad y (se prohibiría) su pan y vino; y les impusieron una multa de treinta denarios»*. Las comunidades rechazaron la demanda de los mensajeros afirmando que *«ellos no tenían que someterse al decreto proque no eran miembros de esa ciudad ni participaban de sus problemas»*.

R. Yosef Tob Elem defendió en su réplica la autonomía de todas las comunidades locales, incluso frente a la que fuera más grande e importante, con excepción de los casos referidos a la *halaja*, o cuando se hubiera lanzado un falso cargo contra todo Israel. *«En resumen, no pueden obligar a los demás de ninguna manera, aunque sean más numerosos y más grandes, salvo cuando se trata de reprimir trasgresiones, o si ellos —los representantes de las comunidades mayores— aparecen relacionados con una acusación que puede herirlos a todos... porque todos los judíos responden unos de otros»*⁸⁰. Sólo dos motivos autorizaban a una comunidad a intervenir en los asuntos de otra, por muy poderosa y antigua que fuera: para eliminar trasgresiones (cumplimiento de la ley) y para contrarrestar medidas antijudías —*guezzerot*— adoptadas contra varias comunidades, o contra una y que podía extenderse a otras.

A finales del siglo XII otro gran sabio talmudista ejercía la dirección de las comunidades del norte: Rabí Selomó ben Isjac, Rasi. En sus respuestas precisó con claridad y firmeza las funciones de la comunidad y la autoridad que ésta tenía sobre sus integrantes. Cuando le informaron que los dirigentes de una comunidad francesa habían ordenado que debía terminar la disputa que mantenían dos de sus familias integrantes, Rasi aprobó la intervención, calificando la medida adoptada de «decreto comunal». La misma postura adoptó en relación a la actualización de las disposiciones, de forma que las comunidades tenían derecho a revocar *«disposiciones tomadas por los antepasados, de acuerdo con las necesidades de la época»*. Y así, por ejemplo, a Rasi le comunicaron que una comunidad había abolido *«todas las disposiciones que habían impuesto sobre sus propios miembros por la amenaza de infortunios»* tal vez se refiera a las desgracias de la primera Cruzada que serían más difíciles de afrontar si se mantenían las severas disposiciones existentes.

⁸⁰ *Respuesta de los Tosafistas*, ed. AGUS, I. A. Nueva York, 1954, núm. I, pp. 39-42.

Rasi no sólo dotó a las comunidades de notables grados de soberanía sino que además elevó la obediencia debida a los dirigentes de la comunidad a nivel de un mandamiento y una expresa prescripción legal y así *«el que formula el voto de no cumplir un decreto de la comunidad antes de que éste se haya pronunciado ha jurado en vano... Se sumerge en aguas profundas y saca un tiesto; y no se exime de cumplir el decreto de la comunidad cuando lo han tomado de acuerdo con la ley judía y toda la comunidad ha dado su conformidad al asunto... Su juramento tenía seguramente el propósito de anular el mandamiento y apartarse de las leyes de Israel. Porque se ha escrito: "Tiende el oído y escucha las palabras de los sabios"»*⁸¹.

Este principio halajico derivaba de las palabras de los Proverbios, fuente insólita para este objeto, incluso en el Talmud. Su validez se basaba en la definición de las condiciones fundamentales requeridas para que las decisiones adoptadas por los residentes locales pasara a constituir una norma de obligado cumplimiento, aunque supusiera una ruptura con una ley anterior. Estas eran: la concordancia de la decisión con las leyes, las reglamentaciones de la Tora y la aprobación unánime de todos los habitantes locales.

En una ocasión Rasi censuró a unas personas que habían prestado juramento para eludir la carga de las decisiones locales diciéndoles *«que habían jurado inútilmente, y que cuando lo pronunciaron emitieron una falsedad porque juraron trasgredir el mandamiento y no cumplir las disposiciones de la ley y la fe judías, que mandan prestar oído a la voz de los ancianos, poner una valla y reforzar la barrera»*⁸². Para Rasi la unidad y ayuda mutua era una responsabilidad recíproca de todos los judíos y por ello valoraba especialmente a los dirigentes de la comunidad, *«A Israel se le ha mandado "se los devolverás a tu hermano" con toda la confraternidad física y social de sus necesidades; y se le previno "no debes despreocuparte" y nadie debe decir "primero lo mío"»*⁸³.

En el siglo XIII destaca el rabí Eleazar ben Jehuda (1223-1232) de Worms, uno de los discípulos destacados de Judah el Hassid, quien compuso una enciclopedia de ética «quietista», costumbres, numerología mesiánica, folklore y tradiciones, llamado «Libro de los piadosos» (*Sefer Hasidim*). En esta obra debieron participar miembros de la familia de los Kalonymos, familia rabínica de origen italiano, que vivieron en Spira, Maguncia y Worms, uno de ellos era el jefe de la comunidad de

⁸¹ EISENBERG, párf. 247, pp. 288-289.

⁸² *Idem*, párf. 70, pp. 83-84.

⁸³ *Idem*, parf. 80, p. 106.

Maguncia cuando las matanzas del 1096⁸⁴. El judaísmo ashkenazi, y en especial las comunidades de Renania, derivó en una buena parte hacia formas más radicales bajo el hasidismo, entendiendo que su única forma de defensa era encerrarse en sí mismo y tratando de aislarse lo más posible de la sociedad cristiana que no les aceptaba. Este proceso de cerramiento e interiorización tan temprano (el hasidismo), contrasta con los judíos del sur, abiertos a las influencias y costumbres cristianas, y a pesar de todo mucho más integrados en la sociedad donde habitaban, y sería en cierto modo consecuencia indirecta de las persecuciones y del clima de hostilidad abierto por las Cruzadas.

LAS EMIGRACIONES DE LOS JUDÍOS EUROPEOS: POLONIA Y PALESTINA

Las matanzas del año 1096 produjeron un gran cambio en la situación jurídico-política de los judíos y alteraron sus ideas religiosas y sociales, aunque su distribución geográfica varió de hecho muy poco. Cuando Enrique IV permitió a los convertidos por la fuerza el 1096 que volviesen al judaísmo, se restablecieron las comunidades en la mayoría de las poblaciones. Durante los siglos siguientes, los judíos alemanes comenzaron a extenderse hacia el este y el sudeste, instalando comunidades en las ciudades situadas en aquellas regiones. En el siglo XIII la ciudad de Rotemburgo en el río Tauber se convirtió en el centro de estudio y dirección comunal.

Los centenares de comunidades destruidas por las matanzas en Baviera y Franconia, de 1298 y 1348, se organizaron en esta expansión. Los judíos a principios del siglo XIII comenzaron a dirigirse hacia el este: Polonia. El año 1264 un príncipe polaco otorgó una cédula a los judíos que residían en sus tierras.

El relato de Benjamín de Tudela es muy clarificador sobre la situación de las comunidades de Oriente tanto en Bizancio como en tierras de los cruzados. En el área bizantina encontró más de veinte comunidades. En la propia Constantinopla no, pues habían sido trasladados al otro lado de un brazo del mar, divididos entre rabanitas y caraitas. En 1204 durante la cuarta Cruzada, el Imperio Bizantino estuvo en poder de los cruzados, pero la situación de los judíos no se vio modificada.

En los territorios dominados por los cruzados, en especial en la antigua Israel, Benjamín halló unas pocas comunidades medio despobladas, pero sí tuvo noticias de vastas comunidades judías en Irak y más allá, así como en Egipto donde existía una numerosa comunidad judía.

⁸⁴ MUNDY, *Europa...*, p. 76.

El movimiento de judíos hacia Tierra Santa aumentó en el siglo XIII, sobre todo desde los países de Occidente. Ya en el año 1141, había marchado desde España a Israel Rabí Yehuda Halevi. Su emigración expresaba su convicción de la santidad y el centralismo del país para el pueblo judío, doctrina que influiría en muchas generaciones posteriores. En 1211, marcharon a Israel trescientos rabinos de Inglaterra y Francia, y más tarde le siguieron otros grupos. En 1267 se trasladó a Tierra Santa R. Mose ben Najman (Najmanides). En estos casos, los judíos solían juramentarse y formar sociedades para instalarse y vivir juntos.

No se trataba de un movimiento de multitudes, considerando las distancias y las dificultades que la empresa comportaba, lo que suponía una gran aventura, asumida y afrontada por un grupo concreto, produciendo un impacto espiritual que sobrepasaba sus propias dimensiones reales.

LOS JUDÍOS DE TIERRA SANTA EN LAS CRUZADAS

Bajo el gobierno bizantino durante el siglo V había una gran pluralidad de poblaciones instaladas en Palestina. Además de monofisitas y nestorianos había en las provincias orientales del imperio otra población que se oponía constantemente al gobierno imperial: los judíos. Había judíos en comunidades muy importantes instalados en las principales ciudades de Oriente. Se hallaban sometidos a una cierta inhabilitación civil, y en ocasiones sus personas o sus bienes resultaban lesionados como consecuencia de algún tumulto. Sus recursos financieros y sus extensas y amplias relaciones económicas los convertían en un peligro potencial para el gobierno ⁸⁵.

Durante el siglo VI la situación general empeoró. Las guerras de Justiniano fueron largas y costosas, y significaron un aumento de los impuestos sin ninguna compensación para Oriente. Dentro de la diversidad de herejías que poblaban el Imperio en Palestina los ortodoxos eran mayoría. Cuando el 602 subió al poder Focas, su gobierno se desarrolló dentro de unas notas de dureza y crueldad inusitadas; además de su notable incompetencia, y mientras Constantinopla sufría bajo el terror, en las provincias había disturbios en las ciudades entre los bandos del circo, y luchas civiles entre las sectas religiosas rivales. En Antioquia los patriarcas monofisitas (llamados jacobitas) y los nestorianos celebraron un concilio para discutir la acción conjunta contra los ortodoxos. Focas

⁸⁵ RUNCIMAN, *Las cruzadas*, vol. I, p. 24, señala con cierta acritud que los judíos «para resarcirse se aprovechaban de cualquier oportunidad para infligir daño a los cristianos».

envió un ejército que hizo una matanza terrible entre los herejes en la cual, según Runciman, participaron los judíos ⁸⁶.

En la primavera del año 614 un ejército persa reconstruido bajo Cosroes II, y bajo el mando del general persa Sharbaraz entró en Palestina dominando todo el país, y tomó Jerusalén tras un duro asedio de sólo veinte días. El día 15 de abril puso sitio a Jerusalén, y el 5 de mayo con la ayuda de los judíos del interior de la ciudad, forzó las débiles defensas y entró en ella. Los persas fueron además ayudados en gran medida por los judíos de Galilea, incorporándose a las filas de los invasores como colaboradores o informadores. Los judíos habían sufrido muchas penurias bajo la dominación bizantina y nada peor podían esperar de los invasores, por lo que sus simpatías se inclinaron del lado de los persas. Al ser capturada Jerusalén muchos cristianos murieron, y sus iglesias fueron destruidas. El patriarca Zacarías junto con otros miles de prisioneros cristianos fueron conducidos cautivos a Persia, y con ellos, según la tradición, los restos de la Cruz ⁸⁷. El papel de los judíos en estos acontecimientos no se echó nunca en el olvido, ni fue jamás perdonado, convirtiéndose la guerra contra los persas en una «guerra santa».

Los judíos tuvieron entonces la esperanza de que se les entregara Jerusalén, pero una vez pacificado el territorio, la actitud de los persas cambió radicalmente, y comenzó la persecución de los judíos prohibiéndoles la entrada en la ciudad. Jerusalén fue entregada a la autoridad de un sacerdote, Modesto, famoso por la reconstrucción que emprendió del Santo Sepulcro.

La dominación persa duró muy poco. El año 629 Heraclio pudo rehacerse y con un poderoso ejército derrotó a Cosroes II y Palestina pasó de nuevo a manos de los bizantinos. Y la reliquia de la Vera Cruz volvió a Jerusalén. Los judíos se encontraron en una situación difícil, porque aunque Heraclio se inclinaba a perdonarlos por su apoyo a los persas, las acusaciones contra ellos, de las que se enteró cuando iba de camino hacia Jerusalén, estando disfrutando, precisamente, de la hospitalidad de unos judíos de Tiberiades, se reavivaron, en especial las referidas a su participación en la matanza de cristianos en el momento de la ocupación por los persas de la ciudad.

Decidió entonces ordenar el bautismo de todos los judíos del territo-

⁸⁶ RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas*, I, p. 24.

⁸⁷ RUNCIMAN, *Historia...*, I, p. 25. Destaca su visión negativa de la actitud de los judíos: «se sucedieron escenas de violento horror. Con sus iglesias y casas ardiendo los cristianos fueron degollados en una matanza sin discriminación, víctimas algunos de la soldadesca persa y muchos más de los judíos...murieron unos sesenta mil y treinta y cinco mil más fueron vendidos como esclavos».

rio del Imperio, orden imposible de cumplir dado el escaso control efectivo del territorio y la población, pero dio pie a provocar una revuelta popular que desembocó en una matanza de judíos, y los que sobrevivieron fueron expulsados de la Ciudad Santa. La consecuencia fue el aumento en el resentimiento de los judíos hacia las autoridades bizantinas y la población cristiana.

Heraclio no tuvo tiempo de saborear las mieles de sus éxitos militares: el segundo califa «perfecto», Omar, emprendió la guerra contra Bizancio y los restos de Persia al mismo tiempo, y el año 638 sus tropas llegaban a las puertas de Jerusalén. Tras intensas negociaciones se logró la entrega de la ciudad respetando a la población cristiana, y permitiéndoles ejercer su culto. Cristianos, judíos y zoroastristas eran considerados «gentes del libro», *dimnhis*, y eran respetados en su religión a cambio del pago de un impuesto. Para los judíos la situación cambió notablemente. El califa Omar, a pesar de las presiones del patriarca Sofronio, permitió a los judíos que retornaran a la Ciudad Santa, quienes se instalaron en la zona sur cerca del muro de las lamentaciones.

La ocupación musulmana igualó a cristianos y judíos al convertirlos en ciudadanos de segunda frente a los musulmanes. Para todos Jerusalén, y toda Tierra Santa, se convirtió en un lugar de peregrinación: era la tierra prometida y la ciudad santa de David; el lugar por donde había estado Jesucristo en su vida terrena, y un lugar mágico-sagrado en donde el profeta había tenido un especial contacto con la divinidad.

Para los judíos en concreto era un lugar de peregrinación y una tierra de añoranza. Lugar de peregrinación porque en Tierra Santa estaban todos los santuarios de los antiguos patriarcas, Abraham, Jacob, Raquel, y sobre todo estaba Jerusalem y los restos del Templo. La peregrinación a Jerusalén no era un mandato como en el Islam, la Meca, pero desde la diáspora, lo mismo que anteriormente en el exilio de Babilonia, no desear al menos volver a la Tierra Prometida era casi un pecado⁸⁸. En la fiesta de Sucot era tradicional acudir a Tierra Santa, y en especial a Jerusalén desde todos los lugares de la diáspora. Había por tanto una coincidencia de intereses y una confluencia de objetivos.

El cambio en las circunstancias personales de los judíos no se debían a que de pronto los musulmanes se habían vuelto bondadosos y comprensivos con ellos. En Arabia los judíos tenían antes de la expan-

⁸⁸ Así, según cuenta una tradición, se lo hacía saber el sabio Najamanides al monarca Jaime I cuando decía «Rey, éste es el mejor de los reinos para nosotros los judíos, pero no sé si no es un pecado no desear al menos una vez al día volver a Jerusalén», y en efecto ben Nahman fue uno de los emigrantes más importantes del siglo XIII, estableciendo una importante comunidad sefardita en Jerusalén.

sión islámica importantes colonias, la más importante era Yatrib (Medina), y cuando se produjo la difusión de la nueva religión, el profeta pensó que los judíos se convertirían al Islam, ofreciéndoles aceptar la circuncisión, y al rechazar su ofrecimiento, comenzó una política de persecución, agresiones y malos tratos contra los judíos de las tribus vecinas que desembocó en una matanza de los judíos de Medina.

Fueron las necesidades reales de una política de conquistas en tiempos de Omar lo que obligó a las autoridades musulmanas a adoptar una nueva actitud de tolerancia, para evitar la despoblación de los territorios y contar con aliados en las zonas conquistadas. Era una tolerancia práctica.

La evolución del dominio islámico llevó a los judíos a vivir diversas etapas en su asentamiento en Palestina. De la estabilidad y prosperidad bajo los omeyas o los abasidas hacia una mayor dificultad en la convivencia cuando el dominio turco fue aumentando en el Islam. Al producirse la desintegración del gran Imperio islámico, los fatimíes constituyeron un califato con centro en Egipto, conquistando toda Palestina, y por supuesto Jerusalén. Fue bajo el gobierno de Al-Aziz (976-996) cuando los judíos de la Ciudad Santa vivieron un periodo de mayor libertad, pero a su muerte Jerusalén comenzó a saber lo que era la tiranía.

Su sucesor Al-Hakim (996-1021), que se había formado por su madre en el cristianismo, reaccionó violentamente contra cristianos y judíos, y prohibió las peregrinaciones a Jerusalén, ordenando la destrucción de todas las iglesias y sinagogas de la ciudad, y de todos sus dominios. Fue entonces cuando el 1009 ordenó la destrucción del Santo Sepulcro que provocó tan gran conmoción en Occidente y que a la larga sirvió de chispa para las Cruzadas. Lo más grave es que tan grave noticia para la cristiandad se difundió junto con el rumor de que habían sido los judíos los que habían instigado su destrucción, favoreciendo la formación de un clima de hostilidad hacia los judíos en Occidente, siendo utilizado como excusa para las matanzas ⁸⁹.

Hacia el año 1014 se habían quemado o saqueado más de treinta mil iglesias, y muchos cristianos y judíos se convirtieron al Islam para salvar la vida. La situación cambió repentinamente cuando Al-Hakim, convencido por su consejero Darazi, se declaró divino, y comenzó a proteger a cristianos y judíos, retornando muchos de ellos a su antigua religión, y atacando a sus propios correligionarios. A la muerte de Al-Hakim las peregrinaciones se reanudaron y el Santo Sepulcro fue reconstruido, pero las cosas no volverían a ser como antes. Darazi huyó al Líbano donde fundó una nueva secta: los Drusos ⁹⁰.

⁸⁹ KOLLEK, T.; PEARLMAN, M., *Jerusalén*. Jerusalén, 1968, pp. 165-166.

⁹⁰ RUNCIMAN, *Historia*, I, p. 48. Los Drusos confían hasta hoy en el retorno de Al-Hakim.

Al producirse la invasión de los turcos Selyúcidas, gentes bárbaras de Oriente recientemente convertidas al Islam, y en concreto cuando Palestina cayó en su poder el 1071, comenzó una época de persecuciones y desgracias para cristianos y judíos. Se dedicaban al pillaje de los peregrinos, y el peligro de los que se atrevían a emprender el viaje fue en aumento. Se había creado el clima necesario para la reacción de Occidente y la contraofensiva del mundo cristiano. Para entonces los fatimíes de Egipto habían podido reconstruir su dominio sobre Palestina, y restablecieron las antiguas condiciones de tolerancia, pero era demasiado tarde: la anarquía de los principados selyucidas y el interés del Imperio bizantino habían puesto en marcha a los cruzados.

El grueso del ejército de caballeros cruzados llegó a Tierra Santa tras tres años de viaje, el 1099. El viernes 15 de julio de 1099, al alba, cerca de la puerta de las Flores, que ahora se llama de Herodes, en la muralla norte, los ejércitos de Godofredo de Bouillon, Duque de Lorena, empujaban una torre de asedio cerca de las murallas a través del foso, para aproximarla a las murallas. Los defensores sarracenos trataban de repelerlos con piedras y fuego griego⁹¹, pero los cruzados eran más efectivos con sus catapultas.

A unos trescientos metros, también en la muralla norte, cerca de la puerta de la Columna, que ahora se llama de Damasco, Roberto de Fladers, hacía otro tanto para desviar la atención de los defensores. Y finalmente un tercer cruzado Raymond de Toulouse, operaba desde el monte Sion, tratando de ganar la muralla meridional. La noche anterior había logrado colocar su torre junto a la muralla, pero las defensas eran aún demasiado fuertes como para poder aprovechar su hazaña.

Los defensores tuvieron que dividirse en varios grupos para atender a los distintos flancos. El asalto cruzado había comenzado día y medio antes, tras un sitio de cuarenta días, en el que se libraron varias batallas aisladas. Aquel viernes 15 hacia el mediodía, Godofredo logró trasponer la muralla desde su torre y un grupo de hombres logró tomar una posición al enemigo, se descolgaron escalas y un numeroso grupo de asaltantes entraron en la ciudad. Los defensores se retiraron hacia el área del Templo, pero antes de que pudieran llegar fueron arrollados por los cruzados y se rindieron.

Iftikhar, gobernador fatimita de la ciudad, mandaba las tropas que defendían el sector sur y al ver el estandarte cruzado en lo alto de El-

⁹¹ Sustancia inflamable lanzada mediante caños, que prendía en cualquier superficie. Fue un invento de los bizantinos para la defensa de Constantinopla en el primer ataque musulmán, pero con el tiempo lo adoptaron todos los ejércitos de Oriente Medio. KOLLEK, *op. cit.*, p. 175.

Aksa, comprendió que todo había terminado, a pesar de que seguía manteniendo a raya a Raymond. Se retiró al palacio de Herodes, junto a la puerta de Jaffa y se ofreció entregarse a Raymond, prometiéndole a cambio de su vida y los de sus lugartenientes un gran tesoro. Raymond aceptó y fueron éstos unos de los pocos supervivientes.

Los cruzados arrasaron Jerusalén, saqueando, asaltando y matando, todo y a todo el que se encontraba a su paso, musulmanes o judíos. Los cristianos antes del asedio habían salido de la ciudad por orden de If-tikhar, para evitar ayudas interiores ⁹². Los judíos sobrevivientes buscaron refugio en la sinagoga principal, era tarde de Sabat, pero los cruzados prendieron fuego al edificio y murieron todos ⁹³.

Dos días más tarde los jefes cruzados marcharon en procesión hacia el Santo sepulcro, por una desolada Jerusalén. El barrio cristiano, estaba vacío, y en los otros no había un hálito de vida, pues judíos y musulmanes habían sido liquidados.

La masacre de judíos en Jerusalén dio lugar a una leyenda. En 1102 un caballero normando se habría convertido al judaísmo tomando el nombre de Obadya el Converso, y habría recorrido todo Oriente Medio buscando al Mesías ⁹⁴. La conquista de Jerusalén fue uno de los episodios bélicos más estudiados, y sobre los que más fantasías se versaron, cuenta un cronista: «*El torrente de sangre llegaba hasta las rodillas de los caballeros, hasta las riendas de los caballos, y los cuerpos de los que habían sido muertos formaban enormes montañas*» ⁹⁵. Las cartas de la Genizha ⁹⁶ de El Cairo, muestran que los cruzados no exterminaron completamente a la población no cristiana, parte de la guarnición fue hecha prisionera. Algunos cristianos se habrían refugiado en el Santo Sepulcro y los judíos supervivientes fueron forzados a limpiar los cuerpos de los cruzados muertos antes de escapar a la ciudad de Asquelon, defendida por los fatimitas, junto con la guarnición liberada.

Los prisioneros que no fueron rescatados, fueron asesinados, salvo los que aceptaron convertirse al cristianismo. Jerusalén había sido objeto de numerosos conflictos bélicos, pero nunca había visto tamaña masacre. La brutalidad de los francos hizo imposible a partir de entonces todo tipo de acuerdo y conciliación. El botín y la violación de las mujeres cautivas, eran dos complementos tradicionales en estos conflictos, muy

⁹² HOOK, R., «Los cruzados», *Tropas de Elite*, n° 29, Madrid 1995, p. 8, entiende que no fueron todos los cristianos expulsados como quinta columna; dentro de la ciudad permanecieron algunos.

⁹³ Según EISENBERG, *Historia*, p. 249, ofrecieron resistencia durante tres días a los cruzados.

⁹⁴ HOOK, R., *idem*, p. 4.

⁹⁵ EISENBERG, *Historia*, p. 249.

⁹⁶ Almacén de documentos de una sinagoga.

propios de la región⁹⁷. La mayor parte de los judíos de la región se marcharon a Egipto, a Siria e incluso a Mesopotamia.

Fue otro de los príncipes cruzados, Tancredo, con un pequeño grupo de veinticuatro caballeros el que ocupó Galilea. Un territorio que había sido disputado poco antes por los fatimíes y Duqaq de Damasco. Éste apenas había dejado una pequeña guarnición en Galilea, y huyeron de allí en cuanto se acercó la tropa de Tancredo a Tiberiades. Los cristianos, que siempre habían sido minoría en la ciudad, los recibieron con alegría. Los judíos, por el contrario, tenían allí una colonia numerosa, y, teniendo noticias de lo acaecido en Jerusalén, se mostraron más reticentes a los recién llegados. Desde la dominación de Galilea y después de toda Judea, los cruzados controlaban toda Palestina, y muchos judíos huyeron a tierras bajo dominación islámica⁹⁸.

Los príncipes cruzados no se pusieron de acuerdo para establecer un gobierno único, constituyéndose diversos poderes feudales, hasta que un año después Godofredo de Bouillon, el 11 de noviembre del 1100, fue ungido rey de Jerusalén. Entre las disposiciones que adoptó, una prohibía expresamente a judíos y musulmanes vivir en la ciudad. Durante las primeras décadas del régimen cruzado se cumplió estrictamente la prohibición a judíos de entrar en la ciudad.

Cuando Balduino I subió al trono a la muerte de su hermano Godofredo, el dominio cruzado sobre la mayor parte de Palestina era precario. Su autoridad estaba consolidada a lo largo de la cordillera de la provincia, desde Belén en dirección norte hasta la llanura de Jezrel. Muchas de aquellas aldeas habían sido siempre cristianas, y los musulmanes las abandonaron, huyendo incluso de Nablus, a la que llamaban pequeña Damasco. Era una zona fácil de defender, limitada por el valle del Jordán. Distinta era la situación al norte, en el principado de Galilea, el que Tancredo había conquistado. Era mucho más difícil de defender con entradas por la costa en Acre o por el mar de Galilea. También de allí había emigrado la mayor parte de la población musulmana, y solamente quedaban cristianos, aparte de unas pocas colonias judías en las ciudades, especialmente en Safed, sede desde hacia tiempo de la tradición talmúdica⁹⁹. Los judíos en su mayor parte tras las matanzas de sus hermanos en Jerusalén y Tiberiades, y de su lucha contra los cristianos de Haifa, siguieron a los musulmanes al desierto.

Balduino demostró ser un monarca muy preocupado por las pobla-

⁹⁷ HOOK, *op. cit.*, p. 8.

⁹⁸ RUNCIMAN, *Historia*, I, p. 289.

⁹⁹ RUNCIMAN, *Historia*, II, p. 18. Sin embargo, la fama de Safed es muy posterior, cuando se convertirá a fines de la Edad Media en el centro fundamental del cabalismo.

ciones indígenas, les permitió utilizar su idioma en los tribunales, prohibió a la Iglesia que se interfiriera en sus prácticas religiosas, y fomentó la emigración de todo tipo de poblaciones, tanto ortodoxos como de otros ritos heréticos, así como el matrimonio entre francos y nativos, para crear una verdadera población natural de su reino. Esta política de consolidación y pragmatismo se puso de manifiesto también con los musulmanes y los judíos. Se autorizaron algunas mezquitas y sinagogas, y en los tribunales los musulmanes podían jurar sobre el Corán y los judíos sobre la Torah. Incluso se permitieron matrimonios mixtos, con los musulmanes, no así con judíos.

A mediados del siglo XII, comenzó un cierto relajamiento y unos cuantos prominentes judíos de ultramar, como el gran Mose ben Maimon (Maimónides), recibieron permiso para visitarla. Y un pequeño grupo de familias fue autorizado para establecerse, dedicándose a la importante actividad de la tintorería. Éstas fueron las que vio Benjamín de Tudela, en su visita a Jerusalén hacia 1167. Rabí Benjamín, judío sefardí, encontró que Jerusalén era *«una pequeña ciudad sólidamente fortificada con tres murallas. La casa de tintorería es arrendada anualmente y el exclusivo privilegio de teñir es comprado al rey por los judíos de Jerusalén, doscientos de los cuales moran en una esquina de la ciudad, bajo la Torre de David»*.

La tintorería parece haber sido la principal actividad de la diezmada comunidad de Jerusalén, y también, según Rabí Benjamín de otros centros de Palestina. En algún momento del siglo XII compraron a la Corona el monopolio de la tintorería, así como también controlaban la mayor parte de la industria cristalera. No hay mención alguna de una sinagoga en Jerusalén. Los judíos oraban en el Muro Occidental, que recibe el nombre, según Benjamín de Tudela, de *«Puerta de la Misericordia, y todos los judíos acuden allá para elevar sus preces»*¹⁰⁰.

La presencia judía en la Ciudad Santa no debió perdurar pues cuando un gran viajero por Oriente y escritor, el Rabí Petachja ben Jakob de Regensburg (Ratisbona), visitó Jerusalén, unos quince años después, y poco antes de Hattin (1175-1180), encontró que *«el único judío allí es Reb Abraham, el tintorero, quien paga gravosos impuestos al rey por el permiso de continuar acá»*¹⁰¹.

Las comunidades nativas tuvieron al principio sus propios tribunales, para casos menores, bajo la presidencia del jefe local, nombrado por el vizconde, y donde se aplicaba el derecho consuetudinario. Pero durante el reinado de Amalarico I se instituyó una «Cour de la Fonde», en cada

¹⁰⁰ Aún hoy en día se conoce en hebreo a la Puerta Dorada como de la Misericordia.

¹⁰¹ KOLLEK, *op. cit.*, p. 184.

una de las treinta y tres ciudades mercantiles principales. Este tribunal entendía en cuestiones comerciales y se hizo cargo de todas las cuestiones, incluso criminales que afectaban a la población indígena. Estaba presidido por un *bailli* nombrado por el señor local y lo componían además seis jurados, dos francos y cuatro nativos. Los litigantes nativos prestaban juramento sobre los libros de sus propias creencias. La Cour de la Fonde llevaba también un registro de las ventas y donaciones de toda la propiedad que no fueran bienes reales, y era una oficina para la recaudación de impuestos sobre el comercio. Contra él había derecho de apelación al Tribunal de Burgueses, que estaba establecido en todas las ciudades importantes, presidido por el vizconde de la ciudad y compuesto por doce jurados, elegidos por el señor entre sus súbditos latinos libres. A diferencia del Tribunal Supremo o de nobles, éste llevaba un minucioso registro de los expedientes de los procedimientos. Estos tribunales de burgueses se reunían los lunes, miércoles y viernes, salvo festivo. En estos tribunales no sólo se veía en apelación sino también era el tribunal ordinario en un pleito entre un noble y un burgués. Se admitía como prueba tanto la ordalía de batalla como la del agua ¹⁰².

Los judíos pudieron, por tanto, mantener su propio derecho y participar bajo su fórmula de juramento en el sistema judicial, dentro de la condición general de nativos. El concepto medieval del derecho permitía la utilización de leyes particulares y específicas para cada comunidad. El estatus jurídico de los judíos podía ser bien como villanos, o burgueses, o bien como siervos sometidos a la tierra. En los documentos de la Genizah de El Cairo, hay muchas noticias de judíos capturados por los cruzados, y de los rescates pagados por su libertad. La situación personal de los judíos, pasados los primeros momentos de las matanzas, y salvo en Jerusalén, donde no podían habitar, no se modificó sustancialmente, siendo relativamente llevadera. Las guerras y revoluciones condujeron a algunos a la esclavitud, y para poder liberarse la conversión era la forma más rápida. Sin embargo, en la práctica los gobernantes francos no tenían especial interés en la conversión de musulmanes y judíos, por las necesidades económicas y de mano de obra. Muchos eclesiásticos de Tierra Santa se quejaban precisamente de la falta de interés en la conversión de los infieles, en especial Jeames de Vitry, obispo de Acre ¹⁰³, entendiéndolo que ésa había sido la verdadera misión de las Cruzadas.

La población rural judía estaba sujeta a un doble sometimiento legal: como *dhimnis* en lo religioso, y como siervos en lo personal. Eran po-

¹⁰² RUNCIMAN, *Historia*, II, p. 278.

¹⁰³ PRAWER, *Instituciones...*, p. 79.

blaciones especiales y, por tanto, su condición religiosa determinaba un cierto estatus que afectaba también a lo fiscal. En las ciudades su situación era bien distinta, una vez pasadas las matanzas del primer momento, pronto los judíos reocuparon sus posiciones en las antiguas ciudades, con la excepción de Jerusalén, donde, como ya he señalado, inmediatamente después de la conquista se prohibió a judíos y musulmanes instalarse en el interior de sus murallas.

El Reino Latino no era una unidad; por el contrario había una situación de diversidad al adoptarse la forma feudal en su estado más puro, y, por consiguiente, hubo situaciones jurídicas muy diversas que también afectaban a los judíos. Incluso las ciudades se dividieron en distintas jurisdicciones, al instalarse los comerciantes italianos, y así en Acre los venecianos tenían un territorio gobernado por el Consejo Mayor de Venecia, y allí se prohibió a los judíos, en 1272, su asentamiento, pero sólo afectaba a la parte de la ciudad controlada por ellos ¹⁰⁴.

Fueron situaciones específicas, como las revueltas de los indígenas del Reino Latino, y la necesidad de establecer orden, lo que llevó a la realización de un «Código Penal» por Balduino II: «L'Établissement de Baudoïn de Bourg». Estableciendo medidas especiales para la sublevación de los villanos contra su señor, contra los sublevados el señor podía ejercer el derecho de requisar los bienes.

Las reuniones de los barones o caballeros se hacía en una asamblea feudal. Estas reuniones se llamaban *assises* o curias y en ellas se tomaban distintas decisiones de carácter feudal. Las normas de derecho feudal se transmitían de una generación a otra, por derecho consuetudinario.

La tradición atribuye a los primeros cruzados la redacción en francés de «*los usos de sus tierras*», recogidos «*de oídas y por su uso*» en las «*Cartas del Sepulcro*», que habrían sido depositadas en el Santo Sepulcro por Godofredo de Bouillon y que habrían desaparecido cuando la toma de Jerusalén por Saladino, en 1187. Las *Assises* de Jerusalén habrían sido elaboradas progresivamente gracias a la actividad jurisdiccional de los tribunales del reino, generando un cuerpo jurisprudencial. Algunas de estas normas fueron fijadas en 1120, recibiendo el nombre de *asises*. Eran unos veinticuatro artículos que determinaban los poderes y jurisdicción de la curia real. Fueron aprobados por los barones, los prelados y el rey Balduino II, reunidos en un concilio en Naplusa. Posteriormente a fines del siglo XII se añadieron otras costumbres feudales del reino, creándose el cuerpo general de leyes del reino: las *Assises* de Jerusalén. Texto escrito en francés en donde se limitaban los poderes del

¹⁰⁴ *Idem*, p. 86.

rey, se definía la organización de los Estados cruzados, y los derechos feudales. Se enumeraban con detalle los derechos y deberes de señores y vasallos, y todas sus relaciones recíprocas. Establecía una férrea jerarquía feudal definiendo al Reino Latino como «república feudal encabezada por un rey»¹⁰⁵.

En general expresaban la teoría jurídico-política de una monarquía subordinada y controlada por sus nobles. Fue el único régimen que se reconoció oficialmente como monarquía feudal. Algunas de estas *assises* eran favorables a la corona como la «*assise sur la ligece*» de Amaury I y la «*assise sur la balayaage des rues*». Ésta última no fue considerada legal por no haberla aprobado los barones y los burgueses antes de su promulgación por el rey. La primera, por el contrario, tuvo una gran importancia y dominó «toda la política de los reinos de Chipre y Jerusalén». Fue la gran carta del Oriente latino, que marcó el triunfo del monarca y de sus pequeños vasallos sobre los grandes barones. Todas las *assises* están recogidas en cuatro tratados del siglo XIII, redactados después del desastre de Hattin de 1187: el «Libro de Felipe de Novara», escrito sin duda antes de 1253; el «Libro de Juan de Ibelin», que desarrolla el contenido del anterior hacia el año 1253; el «Libro del Rey», que trata de los derechos y de los deberes recíprocos del rey y de sus vasallos, y finalmente el «Libro de las Assises de los burgueses», que abarca el derecho civil entre 1229 y 1244.

Eran documentos de gran importancia que dan a conocer no sólo el funcionamiento de cuatro tribunales jerosolimitanos, sino también el derecho feudal consuetudinario tal y como se fijó en el Oriente latino en los siglos XII y XIII.

A mediados del siglo XII las condiciones del reino latino cambiaron notablemente. Un nuevo poder musulmán se consolidó, en un proceso que llevaría al fin definitivo del reino de Jerusalén bajo Saladino. Zengi, uno de los *atabek* de los principados del norte, comenzó su propia expansión desde 1141. En su política de conquistas nuevamente aparecen las comunidades judías como colaboradores eficaces. Ese fue el caso de Edesa: en mayo de 1146, cuando Zengi pasaba por Edesa de camino hacia Alepo, se enteró que los armenios se habían sublevado para intentar restaurar a Joscelino en el poder. Kutchuk Ali sofocó la revuelta y Zengi ordenó ejecutar a los cabecillas. La población armenia fue desterrada de la ciudad y en su lugar se asentaron trescientas familias judías. Los judíos una vez más preferían apoyar a los musulmanes frente a los cristianos.

¹⁰⁵ GRANDECLAUD, M., *Essai sur les livres des Assises de Jerusalem*. Paris, 1923, p. 150.

Poco después el 14 de septiembre de 1146, Zengi murió asesinado por un eunuco franco, pero el reparto de su herencia no dio lugar a ningún cambio en el dominio de Palestina. Uno de sus hijos se acabó haciendo con la situación, Salah ad-Din.

Saladino se tomó un tiempo para consolidarse en el trono, y los cruzados no lograron fuerzas suficientes para conservar sus dominios: muy al contrario sus divisiones internas favorecían el enfrentamiento. Después de una paz inestable el ejército cruzado rompió una tregua de cuatro años, y concentró sus tropas en Galilea, al mando de Guy de Lusignan, un joven e inexperto rey de Jerusalén. Los cruzados se enfrentaron a las tropas de Saladino en los Cuernos de Hattin, cerca del mar de Galilea en 1187. La derrota de Hattin era, pues, el aniquilamiento de todas las defensas cruzadas. El 20 de septiembre Saladino estaba frente a Jerusalén, y la ciudad se rindió doce días después.

La situación de la población judía de Palestina cambió de nuevo. Oficialmente se autorizó su libre asentamiento en todo el territorio, y en especial en Jerusalén. Pronto floreció una nueva comunidad judía en la Ciudad Santa, que aprendió a sobrevivir dentro de la miseria y dificultades en que había quedado aquella tierra. Los francos se marcharon, y aunque cristianos ortodoxos y jacobitas ricos compraron muchos de los bienes y casas de aquéllos, también los judíos pudieron comprar muchas propiedades contando con el apoyo del nuevo dirigente musulmán¹⁰⁶.

El poeta Jehudah Alcharizi, que visitó la ciudad después de la derrota cristiana, escribió: *«Tan pronto como los ismaelitas hubieron conquistado la ciudad, ésta se llenó también de israelitas»*. Y a un correligionario que había vuelto de Jerusalén le preguntó: *«¿Por qué no vinieron aquí los judíos cuando la ciudad estaba en manos de los cristianos?»* y el judío le contestó: *«porque ellos decían siempre que nosotros habíamos dado muerte a su Dios y que les habíamos ofendido. Si hubieran podido atraparnos nos hubieran comido vivos...»*. Cuando el «rey ismaelita» hubo conquistado Jerusalén, *«su llamamiento resonó en todas partes: todo descendiente de Efraím que lo desee puede regresar a la ciudad desde Asur (Mesopotamia) y Mizraím (Egipto) y desde todos los lugares donde estén escondidos»* Así volvieron los judíos a Jerusalén.

Este desarrollo también se extendió a otras ciudades, sobre todo Tiro y Antioquia, donde los judíos alcanzaron un importante nivel económico con el control de la producción y comercio del vidrio, en abierta competencia con Egipto.

Desconocemos el número e importancia de estas comunidades, y sólo contamos con las breves referencias de los viajeros. Existe una mención

¹⁰⁶ RUNCIMAN, *Historia*, II, p. 421.

a la comunidad de Jerusalén en el «Itinerario», libro relato del viaje a Tierra Santa de Rabí Samuel ben Samson hacia 1210, unos veinte años después de los acontecimientos. *«Arribamos a Jerusalén por el extremo occidental de la ciudad y rasgamos nuestras vestiduras tan pronto como ella apareció ante nuestra vista, tal como se había dictado que hiciésemos -en señal por la destrucción del Templo- Cerca del Monte del Templo, dijimos dos veces nuestras oraciones con un miniam»*¹⁰⁷.

Un año después (1211) llegaron de Francia e Inglaterra cerca de trescientos estudiosos y rabinos, que, bajo la protección del sultán Aladil, hermano de Saladino, se asentaron definitivamente en Tierra Santa, recibéndolos con toda honra y permitiéndoles construir nuevas casas de oración y enseñanza, enriqueciendo la vida judía, en un intento de restablecer el centro del judaísmo en Jerusalén, trayéndose todo el bagaje de la ciencia talmúdica europea y la enseñanza de los tosafistas. Son pocas las noticias de este periodo, y por ello cabe destacar la llegada en 1267 a Jerusalén, desde la Corona de Aragón, de uno de los sabios más importantes del judaísmo: Rabí Moshe ben Najman, Najmanides. Fue él quien revivió a la comunidad de Jerusalén, tanto cultural como demográficamente, pues arrastró un numeroso grupo de sefardíes. Construyeron una gran sinagoga, sobre otra más antigua, que lleva su nombre, y estableció allí una yesiva para que fuera el nuevo centro de estudios judaicos.

Los últimos cambios de mano de Jerusalén, en la Cruzada emprendida por Federico II, que mediante un complejo acuerdo logró recuperar el control de Jerusalén sin ninguna lucha, no afectaron a la vida de los judíos. Su presencia en la Ciudad Santa se mantuvo más o menos estable a pesar de los desmanes de los ejércitos turcos, y sus mayores dificultades eran económicas por el propio terreno.

En 1331 un peregrino, Isaac ben Joseph ibn Chelo, escribió: *«La comunidad judía de Jerusalén es bastante numerosa. Se compone de cabezas de familia de todas partes del mundo, principalmente de Francia. Los líderes de la comunidad, así como los rabinos principales proceden de este último imperio... Viven allí felices y tranquilos, cada uno acorde a su condición y fortuna, en virtud de que la autoridad real es justa y excelente... Entre los diferentes miembros de la congregación sacra hay muchos entregados a oficios diversos: zapateros, sastres, tintoreros, etc. Otros se dedican al comercio de toda suerte de artículos y poseen elegantes almacenes. Algunos se han consagrado a las ciencias, como medicina, astronomía... Pero el mayor número de sus cultos miem-*

¹⁰⁷ Número de varones necesarios para realizar ceremonias solemnes o para crear una sinagoga, que debía ser de diez al menos.

*bro*s trabajan día y noche en el estudio de la Santa Ley y de la auténtica sabiduría, la cual hállase contenida en la Cabalá»¹⁰⁸.

Para los cristianos las Cruzadas transformaron el carácter exclusivamente religioso de la peregrinación a Tierra Santa en un proyecto político de ocupación, por eso se ha llamado también «la primera expansión europea», y, por tanto, cuando esto se hizo inviable las peregrinaciones se redujeron, porque el cristianismo no está sujeto a ninguna tierra ni a ningún templo. Para los judíos, por el contrario, desde las Cruzadas la *aliya* tuvo nuevamente sentido y por primera vez desde el año 70 se empezó a pensar en la necesidad de retornar a la Tierra Prometida, puesto que no era posible la seguridad en los reinos de Occidente, y sobre todo porque la vida judía sólo se perfecciona en el contacto con la tierra, y sobre todo en la presencia de la Ciudad Santa.

Si en Europa la consecuencia más importante fue el desarrollo del antijudaísmo, en Palestina la consecuencia fundamental fue el comienzo de una larga serie de emigraciones asentamientos y fracasos, de retornos que se irán repitiendo hasta el sionismo, ya en nuestro siglo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALPHANDERY, P. Y DUPRONT, A., *La Cristiandad y el concepto de Cruzada. Las Cruzadas (siglos XII-XIII)*. México 1962.
- ATIYA, A. S., «The Crusades: Old Ideas and New Conceptions» en *Cahiers d'histoire mondiale*, vol II, núm. 2. Paris, 1954.
- BURY: *Later Roman Empire (A.D. 395-565)*, 2 vols.
- CHAZAN, ROBERT, *European Jewry and the First Crusade*. University of California Press, 1987.
- EISENBERG, JOSY, *Historia del Pueblo Judío*. Madrid, 1976.
- GANSHOF, F. L., *Histoire des relations internationales. V. I (Le moyen Age)*, Paris, 1953.
- GROUSSET, R., *Historie des croisades et du royaume franc de Jerusalem*. Paris, 1935, 3 vol. (Ed. 1960).
- *L'Empire du Levant*. Paris, 1946.
- HOOKE, RICHARD, «Los Cruzados», *Tropas de Elite* n° 29. Madrid, 1995.
- KELLER, W., *Historia del Pueblo Judío*. Barcelona, 1994.
- KRAUS, *Studien zur Byzantinisch-jüdenischen Geschichte*.
- LADERO QUESADA, MIGUEL A., *Las Cruzadas*. Bilbao, 1968.
- LE FREVRE, IVES, *Pierre l'Ermite et la croisade*. Amiens, 1946.
- MUNDY, JOHN H., *Europa en la alta Edad Media (1150-1309)*. Madrid, 1973 (Ed. 1980).
- OLDENBOURG, ZOE, *Las Cruzadas*.
- PERNOUD, REGINE, *Los hombres de las cruzadas*. Madrid, 1987.
- POLIAKOV, LEON, *De Cristo a los judíos de Corte*. Madrid, 1985.
- PRAWER, JOSUAH, «Etudes de quelques problemes agraires et sociaux d'une seigneurie croisee au XIII siecle» en *Byzantion*, T. XXIII, 1953, p. 165.

¹⁰⁸ KOLLEK, *op. cit.*, p. 193.

- *Historie du Royaume latin de Jerusalem* (trad. del hebreo). Paris, 1975.
- *Crusader Institutions*. New York, 1980.
- ROUSSET, P., *Orígenes y particularidades de la Primera Cruzada*. 1945.
- «La idea de cruzada en los cronistas occidentales». *Actas del X Congreso internacional de Historia*. Vol III. Roma, 1955.
- RUNCIMAN, STEVE, *Historia de las Cruzadas*. Londres, 1954. Ed. Madrid, 1973, 3 vol.
- ZABOROV, MIJAIL., *Historia de las Cruzadas*. Madrid, 1985.